

Margarita Landi. Una adelantada de la crónica negra y el periodismo de sucesos en España (1954-1980)

Margarita Landi. An advance of the crime news and the journalism of events in Spain (1954-1980)

Víctor José Ortega Muñoz

Universidad de Málaga
vjortega@uma.es

Recibido el 18 de abril de 2021

Aceptado el 27 de febrero de 2022

BIBLID [1134-6396(2022)29:1; 321-338]

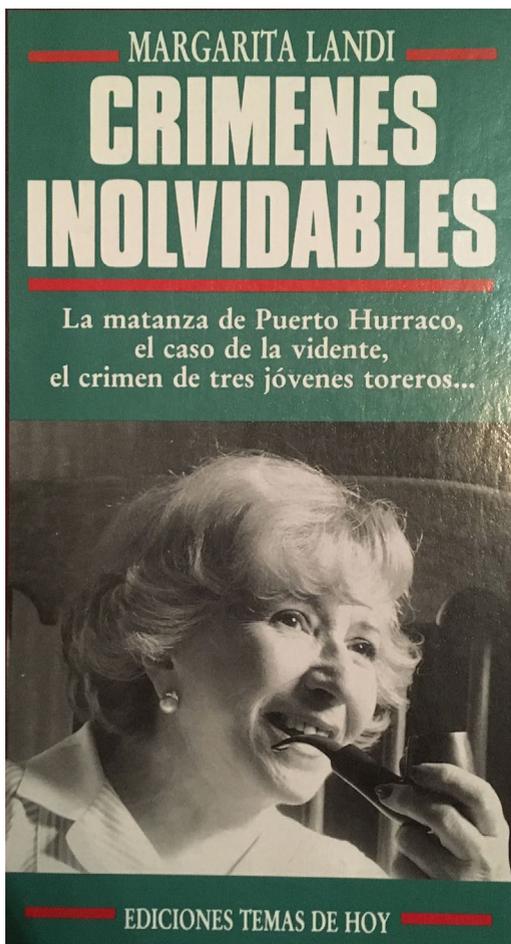
<http://dx.doi.org/10.30827/arenal.v29i1.21025>

“La Biblia es la crónica negra y la novela verde por excelencia”

Margarita Landi, *El País*, 22 de mayo de 1994

La *Dama del Crimen*, el *subinspector Pedrito*, la *Rubia del Deportivo*, son varios de los apelativos que jalonaron la carrera de la periodista de sucesos Encarnación Margarita Isabel Verdugo Díez (1918-2004), más conocida como Margarita Landi, el apellido de una de sus abuelas. Una pionera que se forjó un nombre en un universo reservado a los hombres, una mujer feminista adelantada a su tiempo que, en momentos complicados, reforzó su figura con elementos icónicos: una pipa para fumar, una pistola simulada que utilizaba a modo de minicámara fotográfica y un deportivo rojo (Rada, 2011).

En 1947 sufrirá un gran revés, cuando al poco del nacimiento de su segundo hijo se produce la muerte de su marido, Ángel Torres, convirtiéndola en viuda a temprana edad (Martínez, 2015). Hasta que pudo hacerse un hueco en el mundo de la prensa, Margarita no cejó en hacer todo lo posible para conseguir tal fin, firmando varios cuentos, confeccionando crucigramas para *Gran Mundo* y trabajando como *freelance* para diversas revistas (Genovés Estrada, 2016). Entre sus primeras colaboraciones encontramos las publicadas en la revista *Ventanal*. Continúa su trayectoria con la incorporación en *La Moda de España*, cabecera que le brindará su primera aproximación al mundo de los sucesos cuando la marquesa de Manzanedo sufre un robo de varias joyas. Será ella la encargada de cubrir dicho acto suponiendo su bautizo —1953— dentro de lo que sería una larga y fructífera carrera (Landi, 1990). En 1954 se le presentará la oportunidad de compaginar esta dedicación con *El Caso*, en el que comenzará como pionera, pues sus primeros



quince años se suceden siendo la única mujer dedicada a dicha especialización periodística en España (López, 1993), convirtiéndose en un referente ineludible. Cuando Margarita Landi hace su aparición en el mundo de la información de sucesos, ya existía una tradición que venía tomando forma y fuerza desde el siglo XIX de forma conjunta a la aparición de la prensa moderna, que por su carácter rupturista y abierto acogía temáticas heterogéneas, alejándose de la tradicional prensa política (Ortega, 2018).

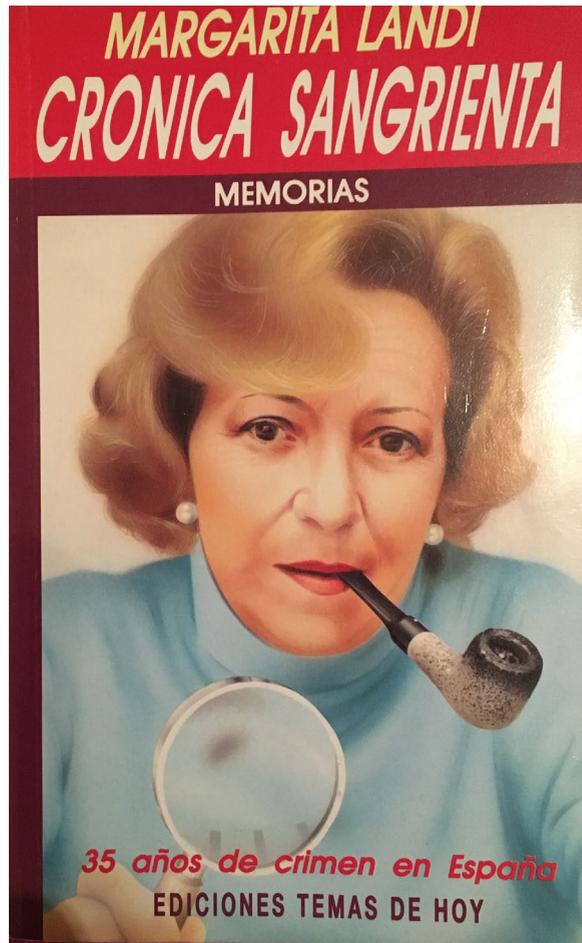
La aparición de *El Caso* (1952-1993) supone un hito desde sus comienzos como ponen de manifiesto sus grandes tiradas: pasó de unos 13.000 ejemplares en la inicial del 11 de mayo de 1952 a cientos de miles al cabo de unos años (Rodríguez, 2012). De este modo, trasladaba a cada rincón de la España sometida a la dictadura franquista una recopilación de parte de la historia delictiva de este país, informando de los peores entresijos de la so-

ciudad a la vez que de su lado más humano mediante “un periodismo de raza” y que sorteaba las limitaciones que la censura y el régimen imponían a un material tan sensible para sus intereses propagandísticos y de anulación social (Rodríguez, 2000). Los periodistas de *El Caso*, como Margarita Landi, debían primar para su publicación los acontecimientos extraordinarios que suceden prácticamente a diario pero que no afectan habitualmente a las personas de modo particular (Rodríguez, 2011). Toda publicación debía acomodar su contenido a los parámetros morales y principios ideológicos del régimen, por ello la crónica negra serviría de evasión y distracción frente a las duras condiciones políticas y materiales surgidas en los años cuarenta, pero siempre filtradas y dosificadas a través de las fuentes oficiales que intentaban suprimir cualquier elemento crítico hacia la esfera pública (Carratalá y Palau-Sapio, 2018).

Quizá sea conveniente recurrir al concepto de “comunidad emocional” utilizado por Bárbara Rosenwein para explicar el anclaje compartido por los grupos mayoritarios de lectoras y lectores del periodismo de sucesos, que muestran similares gestos afectivos. Al hacerlo, esas personas se vinculan entre sí y comparten, muchas veces sin conocerse, ciertos valores, juicios morales y metas sociales (Rosenwein, 2007). De este modo, la comunidad emocional forjada en torno a la lectura de la crónica negra se posicionaba ante las pasiones incontroladas, los instintos y los delitos de diversa índole, experimentando sentimientos de miedo, repudio o incluso de “compasiva benevolencia” ante el mal ejercido por *otros y otras*.

Landi proyectaba una imagen de mujer fuerte e independiente que le servía para conseguir información de primera mano antes que los demás. Su dedicación y profesionalidad se reflejaban en su trabajo diario y en el hecho de conseguir la diplomatura de Criminología, lo cual la facultó para perfeccionar el detalle de sus crónicas (Cuertas, 2018). Igualmente lo apreciamos cuando decide emprender una nueva andadura en la revista *Interviú* (1980) —que llegó a doblar la tirada habitual— dado el interés en seguir sus reportajes (Rodríguez, 2019).

Por la calidad y características de su trabajo, así como por su afán de superación, la periodista ha sido comparada con Truman Capote y con las “damas del crimen” de la narrativa anglosajona (Agatha Christie, Ruth Rendell, Patricia Highsmith y P.D. James, entre otras). En este sentido, hay que destacar el notorio papel de Landi en la conformación de una genealogía femenina de periodistas y



escritoras de novela negra en España, entre las que sobresalen Alicia Giménez Bartlett, creadora del personaje literario de Petra Delicado, inspectora de policía en una serie que ha sido llevada también a la pantalla (Giménez Bartlett, 1996, 1998) y por la que ha obtenido el Premio Nadal (2011) y el Premio Planeta (2014); Carmen Mola, autora de la saga narrativa protagonizada por la inspectora Elena Blanco (Mola, 2018, 2019), Clara Peñalver, madre literaria de la detective privada, periodista y motera Ada Levy en una serie de novelas (Peñalver, 2013), Dolores Redondo, que ha popularizado la figura de la inspectora Amaia Salazar en la *Trilogía del Baztán* (Redondo, 2019), llevada al cine, o Susana Hernández, creadora de la subinspectora lesbiana Rebeca Santana, acompañada por otra policía, Miriam Vázquez, “la marquesa”, en una saga que ha sido considerada la versión femenina de la serie *Starsky y Hutch* (Hernández, 2012). Por méritos propios, Margarita Landi, “al salirse del tiesto”, ocupa un lugar pionero en esta genealogía y puede considerarse una de sus fundadoras en suelo español. Este acto “transgresor” la colocó en el espacio público, social y político, donde fue aceptada o rechazada pero no ignorada (Díaz-Diocaretz, 2011; Ramos y Ortega, 2019).

Ante los llamados crímenes pasionales clamará una y otra vez contra aquellos que ahítos de poder en el ámbito doméstico hacen del “o para mí o para nadie” su bandera, y otorgan una vida de lamentos y sufrimientos a la persona que dicen amar (Landi, 1968).

Al final de su vida profesional llega a una conclusión básica: lo fácil que es matar a otra persona, cualquiera puede hacerlo dependiendo de las circunstancias, y que lo más complicado es deshacerse del cadáver (Landi, 1991). Margarita Landi fallece en Gijón en 2004, permaneciendo en la memoria popular de varias generaciones que disfrutaron de sus textos.



Las informaciones de sucesos trasladan al foco de atención pública a sectores sociales y personas que de otra forma no trascenderían del ámbito privado y la invisibilidad, otorgándoles voz desde la Historia Social y la Historia de las Mujeres. En este proceso de racionalización de acontecimientos negativos, dada su naturaleza rupturista del orden establecido, no debemos dejar al margen, insistimos, las recientes aportaciones de la historia de las emociones y cómo estas sirven de vínculo en la relación que se establece entre el ser humano y el mundo en el que vive (Díaz Freire, 2015, Arbaiza, 2015). Razón y emoción contribuyen a entender las relaciones, conflictos y tensiones de la sociedad franquista en un contexto jurídico discriminatorio, punitivo, excluyente y desigual en todos los ámbitos de la vida de las mujeres (Ruíz Franco, 1997), así como las transformaciones sociales efectuadas por aquellos colectivos generalmente desheredados para afrontar las dificultades que se les van presentando (Moreno, 2008).

El tratamiento de las noticias puede ocasionar la distorsión de la realidad y condicionar la mirada sobre determinados colectivos o grupos de mujeres, tanto desde el punto de vista de las agresoras como el de las víctimas. Esta circunstancia sobresale especialmente cuando de forma tangencial o directa se hace alusión a su sexualidad y se desprecia a la mujer por el hecho de serlo, de acuerdo con un modelo de masculinidad irascible, violenta y cruel (Walkowitz, 1992, Aresti, 2010). El lenguaje empleado deja entrever el sistema de valores patriarcal, que minimiza el drama sufrido aludiendo a las características de las protagonistas como eximentes. En la misma línea se expresa Nerea Barjola cuando afirma que las narraciones sobre el peligro sexual sirven para culpabilizarlas de su desgracia castigándolas doblemente (2018). Esta visión viene a reforzar la idea de la represión de la sexualidad femenina, su carácter culpable y los múltiples mecanismos que la vinculan al control social a través de la moral y la perpetuación de la costumbre. Así, el código moral patriarcal, apoyado en el franquismo en las pautas establecidas por la Iglesia, ha servido para la perpetuación del poder del “pater familias” recluyendo a la mujer —objeto de pecado y sobre la que recae el honor de la familia—, obligándola al cumplimiento de estrictas normas y conductas que conceden a los diferentes hombres de su vida el control sobre la misma hasta en sus pulsiones más íntimas (Ortega, 2016).

Los textos aquí presentados corresponden a crónicas en las que aparecen situaciones donde las relaciones amorosas siguen unas pautas de control implícito y violencia favorecidas por su inicio temprano, llegando los hombres a doblar la edad de las mujeres y a contar con un mayor bagaje vital. Noviazgos que a pesar de llamar la atención no despiertan un rechazo generalizado, pero en los que se trasluce un fondo de posesión material y celos que preceden al acto homicida. La idea principal es que, ante el rechazo y la ruptura del compromiso, la respuesta es la violencia y el mantra machista de para mí o para nadie (Bosch y Ferrer, 2002). Margarita Landi realiza un alegato en contra de esta violencia persistente en el tiempo, no sólo informando y ofreciendo una narración detallada, con múltiples fuentes, sino construyendo un relato que elimina cualquier posible visión romántica del “crimen pasional”.

Por la calidad de su narrativa y su compromiso con el público lector, por el tratamiento de los sucesos que investiga y narra, aportando su punto de vista comprometido con la defensa de las mujeres, y por el rigor en el relato, traemos estos textos, ejemplos de su larga carrera periodística. Una pionera a la que siempre es recomendable volver.

Textos

Un posible romance no aceptado socialmente entre un hombre de 30 y una joven de 15 acaba en homicidio

La niña de Loja, víctima de un mal amor (*El Caso*, n.º 255, 22 de marzo de 1957 y n.º 259, 20 de abril de 1957)

El crimen pasional, que muchos llegan a justificar invocando la ceguera que producen los celos, siempre resulta incongruente, sobre todo porque el (o la) criminal, al recordar luego al ser amado que mató, suelen decir que “no saben lo que pudo pasarles para hacer tal cosa, ¡con lo que la (o le) querían!”... Parece absurdo que tan “gran amor” sirva para arrebatarse la vida a la persona amada y no para sacrificarse por ella dejándola en paz. No es así, lo sabemos todos; por lo general (muy especialmente en España), los enamorados se aferran a la idea del amor a la fuerza. El clásico “o me quieres o te mato” está a flor de labios de muchos latinos... ¿por qué?... ¿Por qué y en nombre de quien ha de convertirse en un infierno la vida de la persona que no quiere a otra? Pero el que ama suele ser tan egoísta que no puede admitir no ser correspondido y prefiere matar a su “tormento” antes de ver que puede ser feliz, no ya con otro amor, sino simplemente por estar libre de sus “amorosas” cadenas.

Ya sabemos que sobre esto se ha escrito y se ha hablado mucho; que también la mayoría de los que matan por celos luego viven arrepentidos toda la vida y son incapaces de volver a matar a nadie; que darían mil veces su propia vida por poder resucitar al ser amado... Sí, pero el caso es que se cometen tantos crímenes pasionales que ya no causan demasiada impresión. Pero cuando se trata de un hombre de treinta años locamente enamorado de una niña de quince, que lleva año y medio empeñado en mantener relaciones con ella a la fuerza, y por fin la mata ciego de furor por sus reiteradas negativas, sí causa honda impresión, profundo pesar e indignación. Eso fue todo lo que sentí aquella primavera de 1957 en Loja (Granada), adonde fui como enviada especial de EL CASO para visitar a la niña herida por 13 puñaladas. Nuestros asiduos lectores recordarán aquello.

Ocurrió concretamente en Casillas de los Arenales, pequeño pueblo del partido judicial de Loja, provincia de Granada, causando estremecido estupor en todos sus habitantes. Estaba en la cárcel el agresor, detenido por lesiones, José Lorca Velasco, y como no le tenían incomunicado pude celebrar una entrevista con él. Por cierto, que pidió permiso para afeitarse antes de dejarse retratar, porque, según dijo, “si

veía su madre la foto se molestaría porque estuviera con esas barbas”. Lamentaba su violenta acción y deseaba que la niña siguiera mejorando.

Aseguraba que durante año y medio habían sostenido relaciones amorosas; cuando empezaron, él tenía casi veintiocho años y ella no había cumplido los catorce. Era mucha la diferencia de edad y la familia no lo autorizaba. Esa y no otra era, en opinión del detenido, la causa de que últimamente estuvieran algo disgustados. Los vecinos de Casillas criticaban este galanteo y sus miradas se fijaban “demasiado” en cuanto hacía la desigual pareja. El día anterior al del drama habían estado de fiesta, con motivo de la incorporación de los quintos a filas, corriendo el vino y la alegría por todo el pueblo.

Se organizó un baile y José pretendió bailar con la mocita de sus amores, siendo desdeñado por ella y haciéndole así objeto de las burlas de algunos, que afearon sus descabelladas pretensiones. Aquel incidente sulfuró al hombre, preparando su ánimo para el ataque de la tarde siguiente.

El sábado 10 de marzo había ido al Ayuntamiento de Loja para solicitar un billete de caridad a fin de irse a trabajar a Lérida, porque estaba dispuesto a alejarse de la chica; pero “luego las cosas se enredaron”. La gente dijo que en Loja había comprado el mismo día una faca, pero José lo negaba, y cuando yo hablé con él no se había podido poner en claro ese punto. Lo que sí compró otro día, el 16, fueron dos litros de vino, que en una garrafa llevó a su casa para comer con su madre. Según aseguraba, después del almuerzo ya estaba un poco borracho y se marchó al ventorro de los Arenales, en donde pasó largo rato charlando con una chica llamada Bernarda y otras que vivían por allí.

Recordó de pronto que aquella mañana se había encontrado con su ex novia, que iba en compañía de una prima suya, y quedaron citados para verse a la caída de la tarde en el camino de la fuente; así que José dejó el ventorro para dirigirse hacia el lugar en que había de cometer su crimen.

Se encontraron; Ana Cáceres Soldado, que así se llamaba la infeliz criatura amada por José, regresaba de la fuente de la Rejilla en compañía de una vecina de su misma edad y de su hermana, pero se apartó un poco de ellas poniéndose a hablar con el mozo que le doblaba la edad. A los pocos minutos la charla, inaudible, se había convertido en una violenta discusión; el hombre, que había bebido demasiado, se irritó de tal forma que sacando bruscamente su faca la clavó repetidas veces en el cuerpo de Ana, quien cogida de improviso no pudo defenderse... Sólo pudo revolverse tratando de escapar del arma homicida y gritar y gritar, llamando así la atención de sus dos acompañantes y de su primo Antonio, que se encontraba cerca del camino.

Al ver llegar al muchacho, el agresor echó a correr con todas sus fuerzas dirigiéndose a un barranco inmediato en el que tiró la faca ensangrentada. Allí se quedó, aterrado, meditando, tal vez, en su fatal arrebató, hasta que un cuñado suyo, con un grupo de amigos, llegó en su busca y le aconsejó lo que debía hacer. Poco después, José Lorca Velasco se presentaba en el Ayuntamiento de Loja, a fin

de declarar su delito, y de allí, conducido por la Guardia Civil, pasó al Juzgado de Instrucción, cuyo juez ordenó que ingresara en la cárcel del partido.

Repito que el detenido estaba muy afectado. Parecía lamentar sinceramente lo ocurrido y aseguraba que la faca no la había comprado con mala intención, sino hacia algún tiempo y por capricho. No podía explicar por qué la cogió y se la echó al bolsillo aquella tarde... Me dijo varias veces que no encontraba consuelo para su pena y que sólo deseaba que ella, su querida Ana, viviera. “¡El maldito vino!” —decía el hombre entre frase y frase—. Un brazo en cabestrillo recordaba el sangriento drama: resultó herido con su propia faca.

“NO ERA MI NOVIO”

Visité dos veces a la víctima: una, en la clínica de Loja, y otra, en casa de sus tíos, en el barrio de San Francisco, cercano a Loja. Parecía que se salvaría, a pesar de su gravedad, y todos se felicitaban por ello. Ana Cáceres Soldado había cumplido el mes anterior los quince años y era una mujercita hermosa y dulce, a quien los sufrimientos no habían podido menguar su gran belleza. Ana estaba muy guapa en verdad, con el pelo claro revuelto sobre la almohada; sus grandes ojos muy azules imprimían a su cara aniñada un candor impresionante. Ella me dio su versión de lo ocurrido (*sic*) la noche del 16 de marzo en el camino de la fuente:

—Regresábamos de la fuente de mi vecina, mi hermana y yo, cuando vimos entre unos olivos a Juan que se acercaba a nosotras... no discutimos. Sin decir ni una sola palabra sacó el cuchillo y se lanzó sobre mí. No pude defenderme, pero pedí socorro a gritos para que vinieran a salvarme. Creí que me mataba... Cuando llegó mi primo Antonio él salió corriendo y no le pudieron coger, pero me han dicho que alguien le tiró al suelo al intentar apartarlo de mí y que se hirió en una mano.

Negó rotundamente que fueran novios: “Eso dice él, pero no es mi novio”... Los padres de Ana, así como otros familiares que asistían a nuestra entrevista, me aseguraron que nunca habían tenido ni la menor sospecha de los amores que atribuían a la niña, que no tenía todavía edad para novio. Conocían, claro, a José Lorca, apodado “el Pollo”, puesto que era vecino del pueblo, pero “¿cómo iban a sospechar”, si tuvieron de él siempre buena opinión: “Ahora ha demostrado que es bien malo, pero nunca le hubiéramos creído capaz de hacer una cosa así”.

Trece heridas graves presentaba Ana cuando, en brazos de su primo y varios vecinos, llegaba a la clínica del doctor Derquí, en Loja. Todas de arma blanca (...).

—He pasado tres horas cosiendo —me dijo el cirujano, dando más de doscientas puntadas, creo que se salvará. En principio estaba muy grave, pero ahora, salvo complicaciones, espero que pronto esté restablecida.

Pese a todo: al susto, a los dolores agudos que la atormentaban, la bonita Ana supo contenerse ante la cámara fotográfica, tanto por la mañana en la clínica, como

por la tarde en la humilde alcoba limpia y clara de sus tíos. No sé si la pobre llegaría verse retratada. Salió muy guapa, como ella quería, gracias a su sobrehumano esfuerzo, porque trece heridas graves, recién cosidas, repartidas en casi toda la superficie de su cuerpo, menudo; debían doler muchísimo.

Ana era menudita, bien formada, de piel suave y morena clara, casi rubia; pero lo que más recuerdo de ella son sus ojos, de un purísimo azul, enormes y cuya expresión impresionaba. La volví a ver por la tarde, repito, y cuando en dirección a la casa recorrí el empinado y pedregoso camino, propio para el paso de las caballerías de labor, me estremecí pensando en los dolores que sufriría aquella criatura llevada en camilla por manos cariñosas, pero incapaces de evitar los movimientos originados por las irregularidades del terreno. Se le notaba a ella. Tenía la cara desencajada por el sufrimiento, pero cuando vio que iba a retratarla de nuevo hizo un asombroso esfuerzo para disminuir (*sic*). La férrea voluntad que animaba a la mocita hizo el milagro, y así pudimos ofrecer a nuestros lectores su imagen de sereno gesto en la última foto de su vida.

MENOS DE UN MES TARDÓ LA MUERTE

Tras casi un mes de lucha por conservar la vida, la infortunada Ana Cáceres dejó de existir. Sus esfuerzos por librarse de los brazos de quien tanto había jurado quererla, sólo sirvieron para que la cosiera a puñaladas... “Creí que me mataba” —me había dicho la pobre cuando fui a verla, sin sospechar que su muerte no se haría esperar mucho y llegaría buscarla al hospital de San Juan de Dios de Granada.

Fue una lástima que por falta de dinero (siempre el dichoso dinero) tuviera que abandonar la clínica donde fue asistida; se hubiera librado de muchos dolores durante los traslados. El cirujano me había dicho: “Si no surgen complicaciones...”, pero surgieron pocos días después, a causa de las heridas del vientre, y ya todo fue inútil. La pobre niña dejó de existir dos días antes de cumplirse el mes de la tragedia.

El agresor, “detenido por lesiones”, se había convertido en homicida, y para siempre llevará consigo el inmenso pesar de haber segado esa vida en flor, cegado por el vino, por los celos, por el despecho, en fin, que le llevaron a la mas incontrolable desesperación. Una vez más se había cometido el “crimen pasional”, por eso de “o me quieres a mí o te mato”... La quería tanto, ¡tanto!, que prefería verla muerta antes que lejos de él. También es digno de lástima, no cabe duda...

La muerte de esta muchachita de hermosos ojos azules debiera estar siempre presente en el ánimo de todas las que, desoyendo los consejos de sus mayores, se lanzan inconscientes en el peligroso juego del amor; y el ejemplo del hombre que se cegó mató, quedando de por vida atormentado por el recuerdo de su crimen, debiera borrar para siempre esa absurda idea del amor a la fuerza. Así se acabarían los crímenes pasionales... Una vez más, también, hubo que reconocer la razón que

tenía la opinión pública, porque por todo el pueblo se comentaba que ese noviazgo (o romance, como ahora se dice) era descabellado, que era demasiada diferencia de edad... Ella decía que no eran novios; él, que sí, y la gente, que si no lo eran lo parecían y no debían serlo... la gente tenía razón y el crimen brutal vino a dársela.

El encuentro de la joven de diecisiete años Pilar Orrit, que había roto con su enamorado de treinta y dos años, concluye con una grave herida que acabaría con su vida

Drama pasional de Solsona (*El Caso*, 571, 585 y 586, de 13 de abril y 20 y 27 de julio de 1963)

El crimen pasional, tan propio, desgraciadamente de nuestra Patria, no suele producirse en Cataluña entre catalanes; por ello, este que vamos a relatar constituyó una sorpresa para toda la región. Sus protagonistas eran catalanes, y los catalanes, generosos y liberales por naturaleza, resuelven sus problemas sentimentales, por lo general, sin llegar a extremos que sólo pueden conducir a la muerte y a la cárcel. Entre ellos no es corriente eso de “mía o de la tumba fría”. Sin embargo, aquí tenemos una excepción, que tuvo como escenario el hermoso pueblo leridano de Solsona.

Si nos detenemos a pensar sobre las complejidades del amor, veremos que parece un contrasentido eso de que alguien ame tanto, de forma tan violenta, que prefiera ver muerto al ser amado antes de aceptar su desamor... Y cuesta trabajo creer que quien así piensa y actúa sienta un verdadero, un auténtico amor. Sin embargo, estos casos ocurren con demasiada frecuencia, destrozando vidas y hogares. Lo ocurrido en Solsona debiera servir de ejemplo y advertencia a muchas parejas de enamorados cuyas diferencias de edad y carácter son evidentes a los ojos de quienes pueden observarles de cerca, pero pasados los primeros momentos de estupor ante el crimen, todo se olvidará y nadie se considerará avisado porque absolutamente ninguna persona querrá admitir que “su caso” pueda ser semejante...

Pilar Orrit Alsina era una joven de diecisiete años, que prestaba sus servicios como doméstica en el bar La Criolla, de Solsona, y tenía su domicilio circunstancial en casa de una prima suya, en la misma localidad. La noche en que iba a morir abandonó su trabajo, como de costumbre, a las once y media, emprendiendo el regreso a su casa sola, al parecer. Digo al parecer porque éste fue un punto que no quedó completamente claro, al menos cuando yo estuve allí realizando el reportaje

del suceso para EL CASO, pues la víctima no hizo ninguna declaración, ya que su muerte fue muy rápida; pero lo que sí se aseguraba era que, bien fuera durante el trayecto, o bien en la misma puerta de la casa en que vivía, se encontró con Eliseo Albets Clotet, hombre de treinta y dos años, con quien durante varios años había mantenido relaciones amorosas, que desde un mes antes había quedado rotas por deseo de Pilar.

Como el zaguán de la casa estaba sumido en las sombras y el interruptor de la luz se hallaba en el primer piso, la joven subió la pequeña escalera, anunciando a sus parientes su llegada y diciéndoles que iba a encender la luz para quedarse un rato hablando abajo con Eliseo, que la estaba esperando. Nadie se extrañó al oírla, puen (*sic*) bien conocían las peripecias del turbulento noviazgo, y pensaron que tal vez de ese rato de charla surgiera una nueva reconciliación de la pareja. Pocos minutos después se sobresaltaron al oír gritar a Pilar en demanda de socorro, y cuando acudieron la hallaron tratando de subir al piso, con una tremenda herida en el cuello y sangrando abundantemente. Eliseo había desaparecido.

El estado gravísimo de la muchacha era evidente. La herida, producida por arma blanca, le había abierto la garganta de delante hacía tras y hacía pensar que tenía seccionada la yugular. Tras prestarle los Primeros auxilios en Solsona, se estimó necesario trasladarla a Manresa, en cuya clínica de San José dejó de existir a poco de su ingreso, sin que le fuera posible hacer la menor declaración sobre el hecho que había puesto fin a su vida a manos de quien tantas veces la jurase amor eterno.

ÉL INTENTÓ SUICIDARSE

Avisado de lo ocurrido el sargento comandante de puesto de la Guardia Civil, que reá a la sazón don José Medina Ramírez, se aprestó en unión de sus guardias a realizar las diligencias oportunas para su esclarecimiento, trasladándose a la casa en que había tenido lugar el hecho y al domicilio del supuesto agresor, que se hallaba en una plaza contigua, ya que, por lo que declaraban los parientes de la víctima. Eliseo albets había estado hablando con ella en el zaguán y estimaban como seguro que él fuera el autor de la agresión. Eliseo no estaba en su casa, y ante la puerta, en la calle se hallaban deliberando los miembros de la Benemérita, cuando sintieron caer algunas tejas, una de la cuales pasó rozando la cabeza de uno de los guardias. Sorprendidos, miraron hacia arriba, pudiendo ver un reguero de sangre que resbalaba a lo largo de la pared desde el tejado, que se encuentra a una altura de cinco pisos, y que formó un gran charco sobre la acera, deslizándose después a la calzada. Alguien se desangraba sobre el tejado y había lanzado las tejas para llamar la atención, así como una navaja de pastor con la hoja ensangrentada, que también pudieron ver sobre la acera.

Rápidamente subieron el sargento y sus guardias en busca del presunto herido, que resultó ser, como suponían, Eliseo, el ex novio de Pilar, a quien antes había herido mortalmente. Se hallaba sobre el tejado, caído boca abajo aún con vida, pero inconsciente ya por la pérdida de sangre. Una enorme herida abierta en su cuello le iba desangrando lentamente. Era de suponer que tras agredir a su ex novia, el hombre huyó hacia su casa, subiendo la escalera rápidamente hasta el tejado con ánimo de lanzarse a la calle desde esa altura de cinco pisos, pero luego no tuvo el suficiente valor para ello, y utilizando la misma navaja que empleara minutos antes para cometer su repugnante crimen, se la clavó en el cuello, seccionándose la tráquea. Tal vez escuchó luego las voces de los guardia (*sic*) que llegaban en su busca, y su instinto de conservación le obligó a hacer esfuerzos para llamar la atención y que subieran a socorrerle, tirando la navaja homicida y las tejas, que no podían caer solas debido a su especial colocación, y que sin duda pusieron en peligro la integridad física y aun la vida de las personas que se encontraban en la calle ante la puerta de su casa.

Bien envuelto en unas mantas y acompañado de un médico, Eliseo fue trasladado urgentemente a Manresa en un coche de alquiler, tras recibir los primeros auxilios. Tres cuartos de hora duró el viaje, y cuando llegaron a la clínica de San José, en donde acababa de fallecer la desventurada Pilar, nadie más que el doctor podía pensar que había vida en aquel cuerpo inanimado, cuyo rostro tenía una palidez cadavérica debido a la gran pérdida de sangre.

Sin embargo, Eliseo aún estaba con vida. Dos días después pudo prestar declaración ante el juez de Instrucción, que se desplazó a Manresa a tal fin. De lo que dijera, nada se podía saber a causa del riguroso secreto sumarial, que es inviolable, pero fácil era suponerlo, ya que nada había que indicara otros móviles que el amor, los celos y el despecho, tres ingredientes imprescindibles en todo crimen pasional.

UNA PAREJA DESIGUAL

En Solsona, ni que decir tiene, cuando yo llegué no se hablaba de otra cosa. El crimen había conmovido hasta los cimientos de la población porque los protagonistas eran bien conocidos de todos y porque el hecho en sí, para ellos insólito, se prestaba a toda clase de comentarios. No faltaban los defensores de uno y de otra, así como los detractores. Eso siempre pasa también, aunque, como es natural, la víctima de la agresión es quien cuenta con más simpatías. Quise enterarme, charlando con quienes les conocieron y trataron de como eran los dos enamorados que tan trágicamente habían terminado sus relaciones, y bajo una lluvia pertinaz recorrí las calles de la población para entrevistarme con una serie de personas que les habían visto de cerca día por día, que les conocieron cuando parecían felices y que hasta presenciaron algunas de sus trifulcas, de esas que la gente califica como “cosas de novios”. Fui también a la casa donde pernoctaba Pilar, tras sus

jornadas de trabajo, en compañía de su prima Remedios y el esposo de ésta, don José Torres. Allí, en el zaguán, pude ver sobre las losas del pavimento la sombra que había dejado el charco de sangre de la joven cuando por su garganta se le escapaba la vida a borbotones. Allí me hablaron de la pobre muchacha, que era muy formal, algo reservada, y que últimamente se había mostrado decidida a terminar su noviazgo a causa del carácter violento de Eliseo.

Me dijeron que la noche del crimen, cuando subió para anunciar su llegada y encender la luz del zaguán, advirtiéndome que se quedaría hablando un rato con Eliseo, porque él se lo había pedido parecía completamente tranquila, por lo que pensaron que él trataría de hacer las paces y ella no se negaría, y que no les oyeron discutir ni prestaron atención a lo que hablaba la pareja. Luego sintieron los gritos de Pilar pidiendo auxilio y salieron del piso inmediatamente, viendo cómo trataba de subir los escalones, mientras se tapaba con las manos la enorme herida que seccionaba su cuello. La tremenda impresión sufrida entonces jamás se borrará del recuerdo de esta familia, y siempre, en todo momento, tendrán presente aquella horrorosa y dramática escena.

En el bar La Criolla, donde Pilar trabajaba desde hacía un año como doméstica y ayudando en la cocina a la propietaria, esta, profundamente conmovida, me dijo:

—Era una buena chica. Muy cumplidora de su obligación, obediente y discreta. Yo la consideraba demasiado joven para tener un novio tan mayor. Precisamente hoy hubiera cumplido los dieciocho años, y él tiene más de treinta.

El dueño del bar, hijo de mi interlocutora, añadió:

—Parece que él tenía muchos celos, sin razón, desde luego, y deseaba que no trabajara aquí, pero ella no quería dejarnos. Yo puedo asegurar que era una chica muy formal, pero además, como no salía de la cocina y nunca tenía que atender a los clientes en el bar ni en el comedor, no podía dar ningún motivo de celos. Yo soy quien atiende el bar y mi hermana sirve las comidas que hace mi madre, a la que ella ayudaba.

—Hace como un mes que habían reñido y Pilar no quería llegar a un arreglo de nuevo. Me dijo —continuó explicándome la señora— que la había amenazado su novio si no volvía con él... A veces parecía que le tenía miedo; él tenía mucho genio y ella vivía amargada por su causa. A mí me lo contaba todo la pobre chica.

En consecuencia, pude llegar a la conclusión de que Pilar Orrit era formal y nunca dio motivos para aquellos arrebatos celosos de su novio, que evidentemente no era un hombre apropiado para ella.

También quise informarme acerca de Eliseo, a quien ya había visto en un lecho de la clínica de Santa José, en Manresa, muy grave; el hombre que en un lamentable arrebato quitó la vida a su amada y estuvo a punto de morir también, y de la misma manera que ella: con la garganta abierta por una navaja de pastor.

Me contaron que Eliseo se dedicaba a la ganadería, poseyendo varios rebaños a medias con un marqués, que a su vez es dueño de la masía en que vivía la madre de Pilar, en Viladevall, a 20 kilómetros de Solsona, y que por tal motivo mantenía

una antigua amistad con la familia, habiendo conocido a la joven cuando era aún una niña, cuatro años o más antes del crimen.

El homicida estaba lleno de complejos. En su juventud padeció un accidente manejando una trilladora, que le amputó la mano izquierda, por lo que se sentía inferior a los demás hombres ante cualquier mujer... Ya había mantenido relaciones amorosas con otra, pero tuvieron desavenencias y ella se casó con otro... Perdida toda esperanza de reconciliación por esa boda, él prestó su atención en la jovencita, casi una niña, hija de la “masovera” de la masía de Viladevall, que a la sazón tenía quince años. Ni sus veintinueve años largos ni su brazo mutilado le parecieron impedimento insalvable para comprometerse con Pilar, para quien era el primer hombre de su vida. Fue aceptado, naturalmente, y ahí empezó el calvario de la pobre muchacha, que tuvo que luchar contra los complejos y los celos de Eliseo, hombre muy dominante, violento y poco comprensivo.

Según me informé por algunos que trataron al novio, él se lamentaba continuamente de que Pilar quisiera romper las relaciones, y cuando alguien le insinuaba que no era para tanto, pues “mujeres hay muchas”, él contestaba muy alterado: “No para mí, que soy manco...” Se sentía despreciado y desplazado por su defecto físico, aferrándose a aquel amor con obsesiva tozudez, aburriendo a la chica, que se veía completamente esclavizada cuando apenas había comenzado a ser mujer.

La amistad de Eliseo con la familia de Pilar era antigua y estrecha; su madre y sus hermanas también tenían amistad con la novia y los suyos. Ambas casas se cubrieron de luto y de dolor. Pude comprobarlo personalmente. En la de Eliseo, su madre lloraba sin cesar por el delito cometido por su hijo y por su vida, que aún estaba en peligro. No me fue posible hablar con ella, pero sí con dos de sus hijos, que nada pudieron añadir a lo que todo el pueblo sabía, ya que se enteraron del crimen cuando la Guardia Civil encontró al homicida casi moribundo en el tejado. No podían comprender cómo ocurrió ni querían hablar de ello. Se lamentaron mucho ante mí y les oí hacer votos para que Eliseo, arrepentido de su cruel y criminal acción, pudiera conservar la vida...

UNA MUÑECA PREFERIDA

Desde un principio tuve la intención de visitar a la madre de la desventurada Pilar Orrit, pese a que la masía se encuentra a más de 20 kilómetros de Solsona, por caminos difíciles. La intensa nevada caía a última hora de la tarde y durante gran parte de la noche (a pasar de que estábamos casi a mediados de abril) me lo impidió. Fue preciso hacer noche en el pueblo y esperar al día siguiente. Todo estaba cubierto de nieve y no tuve más remedio que dejar mi coche, deportivo y bajito, envuelto en su “blanco sudario” y expuesto a los dedos juguetones de los rapaces, que se entretuvieron en pintarle monigotes. Me vi obligada a alquilar un taxi, viejo y “experimentado”, para afrontar los peligros y molestias de la nieve y

del barro. No fue nada fácil conseguir un “taxista voluntario”, pero al fin lo logré, y con el fotógrafo nos aventuramos hacia la masía de Viladevall, sin suponer lo que nos esperaba. Por dos o tres veces tuvimos que detenernos y delibrar sobre la conveniencia de abandonar nuestro propósito, ya que la nieve ofrecía serios peligros en algunos puntos del trayecto; seguía cayendo copiosamente y era empujada con fuerza por el viento. El paisaje era precioso —creo recordar que hasta cruzamos un pequeño bosque—, pero la verdad es que no pudimos recrearnos en contemplarlo.

A paso lento, sintiendo cómo patinaban las ruedas en lucha con el barro encenagado del camino, decidimos seguir hasta que nos fuera materialmente imposible, y así, cuando llegamos a un lugar más embarrado y resbaladizo todavía, nos vimos precisados a echar pie a tierra para continuar nuestro “paseo” andando hasta la masía. Fueron tres cuartos de hora de camino, pero al fin llegamos a un valle, en donde la nieve no había podido entrar y el sol se había asomado compasivo para templar el ambiente. Allá, sobre un altozano, estaba la masía, en medio de un paisaje hermoso, que se nos ofrecía como un premio a nuestros esfuerzos. Un perro y cuatro gansos nos saludaron desde lo alto, avisando a las tres mujeres que había en la casa.

Ante la puerta nos encontramos con doña Anastasia Alsina, madre de Pilar, que venía de realizar alguna de sus tareas campesinas y caminaba llorando amargamente hacia nosotros. Con la agradable sencillez de la pavesa hospitalaria, la angustiada mujer nos saludó, invitándonos a entrar en su casa. Parecía tan joven y tan delicada, con una inocente mirada en sus ojos azules, que costaba trabajo creer fuera madre de dos mujeres, Pilar y Mercedes Orrit Alsina, la primera muerta a manos del hombre que la amaba, y que era en la casa como de la misma familia; la segunda, que vivía junto a ella el intenso drama y la vimos en el piso de arriba junto a la abuela, doña Dolores Torréns. Mercedes, a guisa de saludo, dijo:

—¿Usted cree que le darán castigo a ese hombre?

Luego nos sentamos y hablamos de la muerta,

—Hace cuatro años o más que conocimos a Eliseo —dijo la madre de Pilar— y siempre le apreciamos como de la familia. Mi hija le quería mucho y desde hace dos años eran novios. Ella se iba haciendo la ropa para casarse, pero ahora le quería dejar porque siempre estaban riñendo y llegó a tomarle miedo. El tiene un carácter muy violento y la maltrataba mucho de palabra... Ella rompió con él, pero le quería... No había querido a ningún otro hombre ¡Si era como una niña!... La última pelea que tuvieron fue por lo de siempre: la maltrató de palabra porque tenía celos de todos y de todo el mundo sin que ella le diera motivos... Un día fue a pedirla que le devolviera sus regalos y todas las cosas que se había hecho ella con el dinero que los dos iban guardando para la boda, y su prima le aconsejó a Pilar que lo hiciera... Hasta la acompañó ella misma a casa de la madre de Eliseo para devolverle lo que pedía y decirle que la dejara ya en paz. Creíamos que así todo había acabado, y ya ve lo que ha hecho ahora...

Luego, a pesar de su angustia, la pobre madre se interesó por el estado del herido, y le dijimos que estaba aún vivo en la clínica de Manresa, y que según nuestros informes, ya había podido hablar con el juez la tarde anterior.

—Yo le vi —nos dijo—. Cuando me llevaron a ver a mi hija muerta, pasé a verle también a él, pero estaba inconsciente... Su madre está como loca por esta desgracia, y yo no puedo culpar de nada a la pobre ni a su familia. Siempre hemos tenido amistad... ¡Ya nada se puede remediar!

La hermana menor de Pilar sacó una gran caja con fotografías y me ofreció varias para que pudiéramos conocer a la infeliz que acababa de morir y al hombre que la enamoró para luego matarla. Después nos mostró otro recuerdo tierno que me produjo viva emoción; la muñeca con que jugaba Pilar hasta pocos años antes, con un vestidito azul que ella misma hiciera, con un collar de cuentas de cristal que ella misma engarzó...

—Está rota y vieja —comentó la joven—, pero era la que más le gustaba y siempre la tenía en su cuarto...

El taxista, el fotógrafo y yo abandonamos la masía hondamente emocionados. Allí quedaban aquellas tres mujeres enlutadas, en espera del abuelo, don José Alsina, que había salido, y sin la esperanza de que volviera Pilar, la niña que partió un año antes para ponerse a servir en Solsona, a fin de ganar algún dinero con que poder ir comprando y haciendo su ajuar de novia. Mientras caminábamos de nuevo sobre el fango hacía el coche que esperaba bajo la nieve, íbamos pensando en qué sería realmente lo que pasó aquella noche para que Eliseo perdiera la cabeza... Todo hacía suponer que él fue en busca de la novia para tratar de conseguir la reconciliación. Ella no pudo notar en su voz, en sus palabras o en sus gestos ninguna amenaza, puesto que accedió a mantener una conversación en el zaguán de la casa. No hubo discusiones violentas entre ellos, y, sin embargo, la muerte estaba presente en la entrevista de los dos enamorados. El drama se produjo.

Debió brotar el chispazo de ira asesina en el momento que la muchacha inició su retirada, ya que la herida del cuello hacía pensar que fue producida en dirección de adelante hacia atrás como si hubiera sido hecha cuando ella se hallaba de espaldas a su matador... Tal vez notó sus intenciones y trató de huir; quizá ni se dio cuenta de que el hombre, despechado ante su negativa de seguir las relaciones, se abalanzaba hacia ella con la navaja abierta en la mano... ¡Quién sabe! Sólo ella podría aclararlo, y murió...

Eliseo, por su parte ¿sentiría miedo de tirarse del tejado, como dijeron, o quiso morir igual que su amada para sentir los mismos dolores y la misma angustia que ella, desangrándose por la enorme herida de su cuello? Tal vez pudiese contarle algún día, tal vez le quedasen muchos años de vida para poder arrepentirse de su crimen. (...)

Referencias bibliográficas

- ARBAIZA, Mercedes: “Cuerpo, emoción y política en los orígenes de la clase obrera en España (1884-1890)”. *Ayer* 98 (2) (2015), pp. 45-70.
- ARESTI, Nerea (2010): *Masculinidades en tela de juicio. Hombres y género en el primer tercio del siglo xx*. Madrid, Cátedra.
- BARJOLA, Nerea (2018): *Microfísica sexista del poder. El caso Alcasser y la construcción del terror sexual*. Barcelona, La LLevir-Virus.
- BOSCH, Esperanza y FERRER, Victoria A. (2002): *La voz de las invisibles. Las víctimas de un mal amor que mata*. Madrid, Cátedra.
- CARRATALÁ, Adolfo y PALAU-SAMPIO, Dolores: “Evasiones mediáticas bajo control: sucesos, famosos y deportes en la época franquista”. *Revista portuguesa de História da ComunicaÇão*, 2 (2018), pp. 11-27.
- CUERTAS, Javier: “Margarita Landi, periodista especializada en sucesos”. *El País*, 8/11/2004, https://elpais.com/diario/2004/02/08/agenda/1076194805_850215.html, consultado el 9/01/2021.
- DÍAZ-DIOCARETZ, Miriam (2011): *Salirse del texto. Ensayistas españolas, feminismo y emancipación (1861-1923)*. Oviedo, Ediciones KRK.
- DÍAZ FREIRE, José Javier: “Presentación”. *Emociones e Historia*. Dossier editado por José Javier Díaz Freire. *Ayer*, 98 (2), 2015, pp.14-20.
- GENOVÉS ESTRADA, Isabel: “Margarita Landi, la Dama del Crimen”, *Los ojos de Hipatia* (2016), <https://losojosdehipatia.com.es/periodismo/margarita-landi-la-dama-del-crimen/> consultado el 7/01/2021.
- HERNÁNDEZ, Susana (2012): *Contra las cuerdas*. Barcelona, Editorial Alrevés.
- GIMÉNEZ BARTLETT, Alicia (2017): *Mi querido asesino en serie*. Barcelona, Planeta.
- (comp.) (1998): *Damas del crimen*. Barcelona, Qué leer.
- HARRÉ, Rom (ed.) (1986): *The Social Construction of Emotions*. Oxford. Basil Blacwell, ltd.
- LANDI, Margarita: *Crímenes inolvidables*. Madrid, Temas de Hoy, 1991.
- Crónica Sangrienta. Memorias*. Madrid, Temas de Hoy, 1990.
- Una mujer junto al crimen*. Madrid, El Caso, 1968.
- LÓPEZ, Júlia: “Investigar com un policia, escriure com un periodista. Margarita Landi conversa amb Júlia López sobre el periodismo de successos”. *Capçalera*, 38 (1993), pp. 33-38.
- MALDONADO, Lorena G. “Margarita Landi: pipa y licencia de armas para escribir en El Caso”, *El Español*, 2016, https://www.elespanol.com/series/actualidad/20160315/109739135_0.html, consultado el 9/01/2021.
- MARTÍNEZ, Raquel: “Once años sin Margarita Landi, la Dama del Crimen”, *Zero Grados*, 2015. <http://www.zgrados.com/la-dama-del-crimen-once-anos-sin-margarita-landi-mujer-madre-periodista-y-criminologa/>, consultado el 9/01/2021.
- MOLA, Carmen (2019): *La red púrpura*. Madrid, Alfaguara.
- (1918): *La novia gitana*. Madrid, Alfaguara.
- MORENO SARDÀ, Amparo: “Modelos de integración y de marginación social en la prensa de masas: *El Caso* (1952-1976)”. *Mediaciones Sociales* 3 (2008), pp. 175-198.
- ORTEGA MUÑOZ, Víctor J. (2019): “Margarita Landi en *El Caso*, referente de la crónica de sucesos”, En RAMOS, María Dolores y ORTEGA, Víctor J. (coords.): *Biografías, identidades y representaciones femeninas. Una cita con la Historia*. Zaragoza, Pórtico, pp. 267-283.
- ¡EXTRA, EXTRA! Poder, información y control de la sociedad española en las noticias de sucesos, 1881-1923. Zaragoza, Pórtico, 2018.
- “Honor, venganza y construcción social del delito en la prensa de la Restauración”. *Clio and Crimen*, Centro de Historia del Crimen de Durango, 13 (2016), pp. 269-288.
- PEÑALVER, Clara (2013): *Cómo matar a una ninfa*. Madrid, DeBolsillo.

- RADA, Juan (2011): *El Caso. 60 Aniversario*. Málaga, Grupo Editorial.
- RAMOS, María Dolores y ORTEGA, Víctor J. (coords.) (2019): *Biografías, identidades y representaciones femeninas. Una cita con la historia*. Zaragoza, Libros Pórtico.
- REDONDO, Dolores (2019), *Trilogía del Baztán*. Barcelona, Destino.
- RODRÍGUEZ CÁRCELA, Rosa: “El Caso Mundial y El Caso Criminal, cabeceras del nuevo semanario de sucesos que surge en España tras la desaparición de El Caso (1952-1987)”. *Correspondencias & Análisis*, 9 (2019), pp. 155-170.
- “El Caso. Aproximación histórico-periodística del semanario español de sucesos”. *Correspondencias & Análisis*, 2 (2012), pp. 219-235.
- “La información de sucesos. Temática en prensa escrita”. *Correspondencias & Análisis*, 1 (2011), pp. 309-325.
- (2000) “La crónica de sucesos en la prensa escrita”. En: LABIO-BERNAL, AURORA (Coord.): *Estructura del mensaje y psicología del receptor*. Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 15-25.
- ROSENWEIN, Bárbara H. (2007): *Emotional communities in the Early Middle Ages*. New York, Cornell University Press.
- RUIZ FRANCO, Rosario (1997). *Mercedes Formica*. Madrid, Orto.
- WALKOWITZ, Judith R. (1995): *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*. Madrid, Cátedra.